



EDICIÓN ESPAÑOLA

Paseo de las Delicias, 60
Telégrafo: LIBROJA

Apartado 547. — Teléfono 1843
Horas: de 9 mañana á 4 tarde

CARAS BONITAS

Una artista buena y bonita, pero no barata, porque, como decimos, es una de las "caras bonitas."

SUMARIO

UN PEQUEÑO REPORTER
Sección vermouth

GONZALO RICO
Ante tu enigma

EDUARDO ZAMACOIS
Lo horrible

JERONIMO GOMEZ
La «Chalá»

EL BACHILLER ESPINO
Entremeses sevillanos

ANGEL G. LUGEA
A una desconocida

B. CALDERON FONTE
Un escéptico

VICENTE OLGA
Virgen

AGUSTIN F. JUSTE
Confidencia

TOVAR Y OTELO

Varios dibujos y retratos de
Pilar Ivón y Rafael Arcos.

5 cénts.





Y vuelvo forzosamente al tema del número anterior.

Este es un país especialista en imitaciones. Desde los salchichones de palo, que aparecen en los escaparates de las tiendas de comestibles, hasta los «vaudevilles» franceses, que varios autores desahogados colocan como si fuesen juguetes cómicos originales, (y que también son otra especie de salchichones de palo) abundan las imitaciones y las sofisticaciones que es un encanto.

La otra tarde un señor diptado nos puso los pelos de punta al hablar en el Congreso de las cosas de comer que se fal-

sifican, y que nosotros nos engullimos lindamente como si fuesen manjares de los que se embaulaban los mismísimos dioses mitológicos.

Chorizos fabricados con rico solomillo de *guauguau*, que quizá hizo en vida las delicias íntimas de alguna señorita estéril; vino «construido» con permanganato y campeche y que el bebedor traga tan campechano, ó *campecheano*; leche instrumentada con albayalde y masa encefálica de macho cabrío, que da gana de exclamar: ¡Rediez qué lechel... y así sucesivamente, la casi totalidad de los artículos de comer, beber y arder, como dicen los ultramarinos.

Y por mi parte he de añadir, que no sólo son esos artículos, sino que la sofisticación invade todas las cosas, entre ellas algunas, que sin ser alimenticias, resultan altamente agradables.

Por ejemplo, las modas femeninas dan lugar á una serie de falsificaciones que asusta. No es sólo el agua oxigenada, el blanquete, los tintes y demás afeites, que convierten á un coco sin agua en una venus de Milo; son esos corsés verdaderas corazas que inventan un contorno de Fídias donde existe un saco de batatas de Málaga; son las levitas armadas y rellenas como los buñuelos de viento; son los zapatos en forma de tobogán que transforman en bien plantada hembra á la añadidura de dos onzas de queso.

Y así ocurre que ve usted por la calle señora ebúrnea, con unos abultamientos anteriores y otros desarrollos posteriores, y otros desniveles laterales cuyo conjunto le enagenan totalmente, y luego resulta que llevadas las cosas al terreno de la demostración real, se encuentra con un cuarto de kilo de Langa, propio para comerlo á la vizcaina.

Viceversa. Se disloca uno por las flexibles y persigue á una palmera de los trópicos, envuelta en una falda ceñida, y, en efecto, al desaparecer la coraza de que an-

EL TRANVIA SOLITARIO



—Hoy no me dirá el cobrador que si subo yo se van á tener que bajar dos ó tres. ¡Qué soledad!

tes hablábamos, brota al exterior como artística cascada, más embutido que el que elaboran en un año todas las fábricas de Chicago durante una temporada de seis años seguidos.

Contra estos timos de los perdigones, es preciso protestar de una manera enérgica, llegando, si es preciso, á la manifestación violenta y tumultuaria hasta conseguir que se dicte una ley protectora de los seres que proceden de buena fe.

Bien es cierto que muchas de ellas pueden llamarse también á engaño porque las hay que, vistas al exterior, son algo así como el Monasterio de El Escorial, y no cito este célebre monumento sólo por el famoso cimborrio, sino por su general grandiosidad arquitectónica, y luego la interesada comprueba que no tiene nada ó poco menos que nada de particular, y además que al primer golpe se desmorona totalmente el edificio y queda en la más espantosa de las ruinas. También contra esos fachendosos, debe de ir la suprema disposición que yo demando.

Es preciso acabar con todas esas falsedades é imitaciones, para lo cual me permito excitar desde estas columnas el celo de nuestros legisladores.

¿No se están dictando todos los días leyes de carácter social?

Pues, ¿dónde hay algo más social que esto?

¡Como que tiende á acabar con las maritngalas de tantas socias y tantos socios como se dedican á dársela á los demás con rico gruyère!

Un pequeño REPORTER

Lea usted "Teatros y Salones,,

DE LA VECINDAD



La portera.—Me dijo el administrador que si sigue usted emborrachándose le va á leer á usted la cartilla.

El inquilino.—¿La cartilla á mí? ¡Que se la lea á sus chicas que les hará más falta!

Ante tu enigma.

El eco de tu voz inolvidable
aún siento en mis oídos rumoroso.

Es para mí tu acento misterioso,
por humano y divino, indescifrable.

¿Quiere expresar tu amor inquebrantable
ó una traición oculta, receloso; [ble
ó bríndame quizá el esplendoroso
misterio de tu carne ya insaciable?

¿Son frases de placer ó de amargura?

¿Hay odio en tus palabras ó hay ternura?

¿Eres Julieta acaso ó Afrodita?...

En este enigma encierro mi existencia,
y por lograrlo, el alma, con frecuencia,
en brazos del dolor se precipita.

Gonzalo RICO

MATRIMONIO EN AGRAZ Ó UN PAPÁ IRASCIBLE



—No te acerques, porque me ha dicho papá que como nos vuelva á ver juntos, nos pondrá las peras á cuarto.

LO HORRIBLE

BELTRÁN empujó la puerta suavemente y entró. Era un mozo alto, membrudo, con las manos y el rostro ateizados por el calor de la fragua; vestía blusa azul y pantalón de pana; las botas eran de punta cuadrada, grandes y sólidas; tenía la mandíbula inferior ancha, el cuello grueso; bajo las cejas, sus ojos duros de perdonavidas miraban con insolencia y desvío.

Al oírle Matilde, su hermana, que parecía meditar junto á la mesa, á la luz de un quinqué, volvió la cabeza. Beltrán le preguntó:

—¿Quién ha venido?

—Don José.

—¡Don José!... ¿Qué quería?

—Nada... saber cómo estaba padre; ni siquiera se sentó: no pasó de la puerta.

Beltrán clavó en la joven una larga mirada desconfiada y cruel; luego dijo:

—¿Y padre?

—Peor; apenas puede respirar.

El mozo levantó la cortinilla de percal que cubría una puerta, y quedóse inmóvil abismando sus ojos en un dormitorio estrecho y oscuro dentro del cual resonaba

rítmicamente el angustioso jadeo de un hombre que se ahogaba.

—¿Qué dice el médico? ¿Tiene esperanzas?

—No. Dice que acudimos á él demasiado tarde...

Beltrán se mordía los labios; Matilde lloraba en silencio, sin parpadear, como lloran las mujeres acostumbradas á sufrir: tenía el rostro inteligente y pálido, el pelo y los ojos negrísimo; era uno de esos nerviosos tipos meridionales, esclavos de la impresión y del momento, en quienes los ángeles del bien y del mal parecen luchar á brazo partido sobre un puente muy angosto.

—¿Recetó algo? —preguntó el herrero.

—Sí... mira...

Sacó del bolsillo un papel lleno de signos que Beltrán leyó y releyó sin comprender.

—¿Cuánto costarán estas medicinas?

—Unas... cuatro pesetas.

LOS MILITARES EN MARRUECOS



—Vamos, tontina, no te apures.

—Es que me entristece que te hayan destinado á las «mias».

—Pero, hija, no pretenderás que me quede sin la «mia».

—¡Cuatro pesetas!...

—¿De dónde sacarlas, hermano?

Y Matilde miraba á su alrededor; las paredes y los suelos desnudos, la casa toda, en fin, ahogándose de miseria y dolor bajo el declive rápido de los techos abohardillados. Beltrán miró también, murmurando:

—No sé, no sé...

—Esas medicinas, sin embargo, hay que comprarlas en seguida á todo trance...

Aquella receta era para ellos algo santo y precioso, como una promesa. Pero ¿dónde hallar dinero?... Matilde y Beltrán estaban sin trabajo y la enfermedad de su padre dió al traste con sus pequeños ahorros; en pocas semanas todo fué saliendo camino de la prendería ó de la casa de préstamos; fué una venta infamante, vergonzosa, triste, como la venta de huesos humanos...

Beltrán se encogió de hombros; todas las puertas estaban bien cerradas, la miseria había tomado todos los caminos.

—¿Qué piensas? — exclamó Matilde—; ¿se te ocurre algo?...

—No... nada... ¿y á tí?

—Tampoco, pero es preciso discurrir... pronto... pronto... ¡padre se muere!

—Ya lo sé, ya lo sé... Espera...

Por su memoria desfilaron precipitadamente nombres de vecinos y de amigos; con ninguno debían contar; todos eran pobres, tan pobres como ellos, y los mejores ya les habían socorrido en diferentes ocasiones. El único que podía ampararles era don José, el propietario, quien, por amor á Matilde, no les presentaba el recibo desde hacía dos meses. Beltrán conocía aquella pasión y la vergüenza de sus favores, aceptados por él bajo la presión feroz de la miseria, enrojecían su frente. Una idea

negra, una especie de noche, nublaba el pensamiento de los hermanos, que veían pasar por entre sombras el hambre y el crimen: Beltrán y Matilde sabían que en los momentos de supremo desamparo los hombres roban, las mujeres se venden...

LOS DÍAS DE AGUA



—Chica, como tú llevas paraguas, te sonries de la inclemencia del tiempo.

—Pues, á pesar de eso, te juro que estoy toda mojada.

La joven, más franca que su hermano, preguntó:

—Si recurriésemos á don José...

Beltrán se acercó á ella estremeciéndose violentamente, como potro picado del tábano.

—¿Qué has dicho? — gritó—; ¿recurrir á don José?... ¿Qué es eso?... ¿Has perdido

LAS BUENAS FORMAS



—Caballero, ¿me hace usted el favor de correrse?

—Ya lo iba á hacer sin que usted me lo pidiera.

el sentido ó perdiste el honor?... La sola idea de que le hayas insinuado algo me vuelve loco...

La había cogido por un brazo, apretándose entre sus dedos como en un torno.

Matilde bajó sus ojos anegados en lágrimas; en el silencio resonaba el rítmico jadeo del moribundo; aquella respiración anhelante de viajero que va muy cansado Beltrán callaba, comprendiendo que era necesario optar entre el presidio y la manecbia. De pronto se decidió.

—¡Bien está! —dijo—; ya sé lo que hemos de hacer, venga la receta... no perdamos tiempo...

—¿Tardará? —preguntó Matilde.

—No... volveré pronto... antes de una hora...

Y salió precipitadamente, palpándose debajo de la blusa, cerciorándose de que la navaja estaba en su sitio.

Beltrán anduvo largo rato buscando las calles solitarias; ya no dudaba; robaría, pues era preciso, y hasta se hallaba propicio á hacerlo sin vergüenza ni empacho.

El herrero, recatado en la sombra de una puerta, esperó... esperó.

Los transeuntes eran escasos. Todas las circunstancias parecían favorecerle; la calle estaba desierta, los portales cerrados, el sereno dormía en un punto distante.

Al principio Beltrán juzgaba la lucha inevitable; el asaltado se defendería, pediría socorro, y sería necesario taponarle la boca, arrojarle al suelo, matarle, tal vez. Luego, según iba apreciando el valimiento y legitimidad de los móviles que le arrastraban á perpetrar aquel despojo, llegó á creer que nadie podría censurar su conducta, y que el primer caballero á quien se dirigiese, no bien supiera de qué se trataba, se apresuraría á favorecerle: todo aquello se le antojaba á Beltrán tan sencillo, tan noble, tan conmovedor...

De pronto apareció un individuo bien vestido; llevaba botas de charol, iba embozado y caminaba lentamente. Beltrán salió á su encuentro, cruzando la calle; el desconocido se detuvo y miró al herrero desconfiando.

EL EJEMPLO DE PILATOS



—No sé si he hecho bien recibiendo á Perico; pero yo, por si acaso, me lavo las manos.

—Caballero —dijo Beltrán haciendo con la cabeza un leve saludo —; perdone usted mi atrevimiento... pero... mi padre está agonizando.

El interpelado, ya repuesto, murmuró: —Dios le ampare... no llevo nada...

Beltrán le miró confuso y sus mejillas, arreboladas hasta entonces por la vergüenza, palidieron: había dicho lo más grave, lo más grande, lo más terrible que puede confesar un hijo: que su padre se muere... y el individuo que le oía, lejos de asociarse á su dolor, le escuchaba impasible, encogiéndose de hombros... La fraza cegó sus ojos.

—No—gritó— yo no pido limosna...

—¿Entences?...

—Quiero que me dé usted cinco pesetas que necesito para pagar una receta... Lo quiero... son para salvar á mi padre...

Hablando así, zarrandeaba á su interlocutor agarrándole por el embozo: el otro, irritado por una exigencia que uzgó intolerable, le rechazó vigorosamente.

—¡Ladrón!—murmuró.

Entonces Beltrán se abalanzó sobre su enemigo, procurando derribarle; mas el otro, que era mozo y valiente, le echó los brazos al cuello, mientras procuraba sacar un revólver que sin duda llevaba en el bolsillo trasero del pantalón. Espoleadas por el coraje, las fuerzas de Beltrán se centuplicaron, y, cogiendo al desconocido por la cintura le arrastró hacia un callejón vecino.

—¡Miserable, miserable!—repetía.

El otro, viéndose perdido, quiso gritar; pero Beltrán le tapó la boca, y asíéndole por el cuello, le derribó en tierra: cayó de bruces, con los brazos presos bajo los pliegues de la capa. En aquel momento Beltrán oyó ruido de pasos; sin duda venían á prenderle... ¿Qué hacer?... Si hufa, su enemigo correría tras él pidiendo soco-

ro... Y se vió atado codo con codo, y á su padre muerto, y á su hermana bonita y en la calle... Fuera de sí, echó mano á la navaja y asestó un golpe á su víctima en la nuca, después otro y otro... muchos... para que no hablase; luego registró precipitadamente los bolsillos de su chaleco, cogió una moneda, un duro... ¡uno solo!... y echó á correr desolado.

En el fondo de la calle resonaban voces extrañas que repetían:

COSAS DE LA VIDA



—Estoy viendo que hoy no me hace Carlos la visita convenida.

—¡A ese, á ese!...

Beltrán corrió mucho tiempo; después penetró en una botica; llevaba los labios lívidos y cubiertos de espuma: el terror y el cansancio de la lucha y de la fuga dilataban sus ojos.

—A ver,—murmuró—, despácheme usted en seguida... en seguida...

El boticario dejó el periódico que estaba leyendo, y se acercó al mostrador tranquilamente:

—¿Qué es ello?

—Tome usted...

El farmacéutico cogió la receta y la leyó poco á poco, informándose bien del nombre de la medicina.

—¿Tardará usted en despacharme?—preguntó Beltrán, suplicante.—El caso es gravísimo...

FILOSOFANDO



—¿Qué tendrá que ver la boca para que nos llamen tontas á las que nos chupamos el dedo?

Le aterraba la idea de que le prendiesen antes de ver á su padre.

—No —repuso el boticario—; estas medicinas están hechas.

Marchóse y volvió trayendo dos frasquitos.

—¿Qué vale ésto? —preguntó Beltrán?

—Cuatro pesetas con cincuenta céntimos.

—Cóbrese.

Y arrojó el duro sobre el mármol del mostrador.

El boticario cogió la moneda, la miró atentamente, la hizo resbalar entre sus dedos, volvió á sonarla...

—Este duro —dijo— es falso...

Eduardo ZAMACOIS.

LA "CHALA,"

CANCIÓN MADRILEÑA

*Creación de la notable artista Adela Lulú,
Música del maestro Larruga.*

I

Yo he nacido en las Peñuelas,
y me llamo Soledá,
pero en Madrid me conocen
por el mote de «Chalá».

El motecito me descompone,
pues al oírlo hay quien supone
que estoy mochales,
y no es verdá,
pues mis sentidos están cabales
y mi sesera bien alumbra.
Yo tengo modos y soy afable
y su miajita de fasionable,
pero al que viene con intención
de malograrme la digestión,
le dejo, al punto, de dos trompás
con las narices apabullás.

II

Yo soy archimadrileña,
y castiza de verdá,
y pa castión de querer
precavida y avispa.

Hay muchos socios que son de abrigo,
y no imaginen por lo que digo
que soy un tanto

desagerá,
pues hay gacholi que paece un santo,
y sólo quiere dar la tostá.

Yo tengo á veces condescendencia
y su miajita de incandescencia;
pero al que viene, á mi entender,
á colampiarde de mi querer,
le dejo, al punto, de dos trompás
con las narices apabullás.

J róni o GOMEZ

Entremeses sevillanos.

En la cal e.

JOVEN, ¿quiere usted hacer el favor de escucharme dos palabritas?

—Y tres... y hasta cuatro. ¿Por qué no? Usted dirá.

—Yo diré que es usted la mar de bonita y la mar de simpática.

—¡La mar de gracias!... ¿Y qué más?

—Por ahora nada más, pero si me permite usted que le sirva de criado esta noche, acabaré de pronunciar mi pequeño discurso.

—Con esa condición, acepto su ofrecimiento.

—¡Adorable! ¿Va usted muy lejos?

—O muy cerca, como usted guste.

—¡Viva la mamá de Cupido! ¿Aún no he empezado á ejercer mi oficio de criado, y ya me autoriza á que disponga como amo?

—Ni más ni menos. Usted manda.

—Yo no sé mandar, mi reina: á lo sumo, suplicar... rogar...

—Veo que es usted muy galante... y muy gatera.

—Bueno; así será: pero vámonos de aquí, que estamos llamando la atención.

—¡Venga ya ese brazo, guasa doble!

—¡Trábate en él, fea triple! ¿En marcha, prenda?

—Más vivo, buen mozo.

En carruaje.

—Oye, niño, ¿sabes una cosa?

—Sé muchas. Lo que no sé es tu nombre.

—A eso iba. Me llamo Victoria, ¿y tú?

—Para tí, Pepe; para mi madre, Pepito; para los extraños, José, y para mis amigos... (Aquí una frase corta, pero significativa, deslizada al oído de la joven)

—¡Ya!... ¡Ya!... Tiene gracia el apodo.

—¡Que si tiene! No lo sabes tú bien. Esta noche me lo dirás con conocimiento de causa.

—Siento que no sea ahora mismo.

—Nada de impacencias; antes es preciso cenar. Yo estoy desmayado.

—También voy teniendo apetito, y procuraré crear fuerzas por si resulta cierto el apodito.

—¿Es que lo dudas? Al tiempo. (Al coche-ro). arrea, que á este paso no vamos á llegar nunca. Ya lo sabes: á la venta de Eritaña.

Cenando.

P. — Chiquilla, ¿qué haces? ¿Vas á vaciar el tarro de mostaza en mi plato?

V. — Dispensa; se me fué la mano.

P. — Di mejor: «se me fué la intención». ¡Inocentel Bien se ve que no sabes con quién tratas.

V. — Por las señas, con un fantástico que promete hacer y acontecer, y luego...

P. — Luego, ¿qué? Acaba de decirlo: que no cumple su promesa, ¿verdad?

V. — Algo de eso.

P. — Oye, Victoria: te apuesto un besomío, contra un mordisco tuyo, á que tu nombre queda esta noche á la altura de un pozo negro.

V. — ¡Anda, vete á tu pueblo! Victoria me llamo, y victoria cantaré mañana.

P. — Pues yo José, y sostengo lo contrario. ¿Va la apuesta?

V. — Va, pero te prevengo que el mordisco será fuerte y en sitio donde te lo puedan ver tus amigos.

P. — No ha de llegar ese caso. Estoy seguro.

Seis horas después en casa de Victoria

P. (despertando y mirando al reloj). — ¡Las doce!

LA ACTUALIDAD ARTISTICA



Rafael Arcos

Inimitable maquetista que ha realizado una brillante actuación en el teatro Romea, de esta corte.

FISICA AMPLIADA



- Ove, marido: ¿cual es el tema que vais á tratar en la Aca lemlia de Ciencias?
 - «El calor dilata los cuerpos »

V. (que estaba medio despierta).—¿Te parece tarde?

P.—Sí.

V.—A mí no.

P.—Las mujeres quisérais algunas veces que no anduviese el sol.

V.—Conque ¿vendrás esta noche?

P.—No, mi alma; vendré mañana... y gracias. Necesito un día de reposo, por lo menos.

V.—¿Y así ganas tú las apuestas?

P.—Si no la gané, tampoco la he perdido. ¿Qué contestas á eso?

V.—Que tampoco la he perdido yo.

P.—Verdad, chiquilla; eres una heroína. Casi me doy por vencido.

V.—¡Olé los corazones nobles que reconocen sus derrotas! Nada más que por esa franqueza, te perdono el mordisco.

El Bachiller ESPINO

A una desconocida

Yo no sé cómo eres
de linda, doncella ..

Todas las mujeres

lleváis en la frente la luz de una estrella.

No sé si es de oro

tu suave melena;

pero que te adoro,

no te queda duda, porque eres muy buena.

En tus manos santas

te pondría flores,

y luego á tus plantas,

como ante una reina, todos mis amores.

Divina hechicera

que jamás he visto;

por ti consintiera

morir destrozado, como Jesucristo.

¿Son negros tus ojos

de luz misteriosa?

¿Son tus labios rojos,

como dentelladas de loba rabiosa?

Yo no sé quién eres;
no he llegado á verte...
Todas las muj res
nos quitáis la vida sin darnos la muerte.

Angel G. LUGEA.

Un escéptico

I

PEPÉ Pinto se ha vuelto escéptico. Esa frase repetida de boca en boca entre sus amigos y conocidos, llenaba de asombro.

El, el audaz revolucionario que antes de concluir su carrera de abogado, agitaba á las masas en sus discursos de ferviente demagogo; él, que cuantas veces fué requerido para intentar un movimiento de opiniones, ponía á su servicio todo el fuego de sus veinte años transcurridos en luchas y polémicas que enardecían su fogosa constitución, que á raíz de atropellos gubernamentales derrochaba su inteligencia en artículos de periódicos de combate, empleando en ellos todo el vigor de su libre temperamento ansioso de una vida nueva, de una humanidad perfecta, antítesis de la presente, cuyos vicios apostrofaba con elocuencia juvenil...

Parecía imposible; mas todos sus conocidos pronto lo observamos con dolor.

Su rostro barbilampiño, en el que el bozo pugnaba por salir, lo vimos transformado.

Había dejado de afeitarse. El bigote apareció por fin, y caía descuidadamente sobre los labios gruesos, sensuales, de glotón incansable. El cabello echado hacia atrás en confusa melena, dábale un aspecto de artista cansado. Su mirada vagaba incierta, cual si todas las cosas que ante ella aparecían como nubes lejanas imposibles de contemplar fijamente.

Le interrogábamos y nada contestaba, limitándose á sonreír con tristeza.

—Mañana —le decíamos—, hablará M... en el Tivoli, de lo de Montjuich. ¿Vienes?

Y se encogía de hombros; luego hablaba.

—Qué me importa á mí todo eso. Han muerto pocos... aún subsiste la humanidad, y aunque eso en tiempos pasados me preocupaba, hoy ya me tiene sin cuidado.

—Te has vuelto muy escéptico —le añá-díamos.

Se quedaba silencioso, apurando en pequeños sorbos la taza de café. Por la puerta del establecimiento donde nos hallá-bamos, pasaban de cuando en cuando, algu-nas mujeres.

Uno de los que formaban parte de la tertulia, estaba siempre ojo avizor. No se entreveía una silueta con faldas que no nos llamase la atención.

—Oye, Pepe, mira qué cuerpo.

Y el aludido contesta, la despreciativa-mente:

—Es una... y aquí su voz silbaba.

NUESTRAS LECTORAS



—Señorita, la seguiré á usted aunque vaya al fin del mundo.

—Pues voy más cerca. Voy á preguntar qué tal va el almanaque de LA HOJA DE PARRA.

Cada vez que el mujeriego contertulio nos indicaba el paso de una hembra, recibía la misma contestación de Pepe, un sonido ronco, una blasfemia, una injuria contra la infeliz que nada sospechaba...

II

Una noche que encontré á Pepe solo en la mesita, á cuyo alrededor acostumbrába-

EL ETERNO PLEITO



—Se quejan los hombres de cómo los tratamos; pero anda que también lo que nos hacen ellos...

mos ponernos todos sus amigos, me decidí á abordarle. El rehuía contestarme categóricamente. Por fin habló.

—¿Recuerdas bien —me dijo hablando de una manera acompasada—, con qué esfuerzos trabajé para eso que se ha dado en llamar la emancipación de la mujer? Quería una mujer libre, digna; consciente de todo lo que á su lado ocurriera, que no se le llamara esposa, sino un nombre más dulce, cuyo significado fuere el real: compañera.

Calló un momento; empapó el pañuelo con el sudor que caía copiosamente de su frente, y su voz tornóse á oír.

—Conoces —me dijo—, á María N., la maestra laica de un barrio extremo de esta capital. Una íntima amistad me liga-

ba con su hermano; siempre íbamos juntos como tú recordarás. Al principio sentía profunda simpatía por aquella mujer. La comunidad de ideas nos juntaba, y al pensar que ella era una excepción entre las de su sexo, una secreta simpatía me aproximaba más y más á ella. Una vez hablamos en un mitin de pedagogía libre que se dió en un casino republicano. Yo oía sus párrafos inseguros repletos de doctrina, rebosantes de ideas y convicción. Cuando los aplausos de la concurrencia ahogaron la última palabra de María, fui á estrecharle las manos con una emoción intensísima... me parecía haber encontrado la mujer de mis sueños, la hembra ideal, compañera del hombre, no á la esposa, que con ese nombre igual se denomina á las casadas, que á las manillas que privan de la libertad los brazos de un preso.

Cuando me declaré, lo hice por carta, no me atreví á discutir con ella, contestándome con otra epístola de cuatro carillas de letra menuda. Muchas citas de apóstoles de la libertad, muchos nombres de filósofos, pocas ideas de amor...

Tuve alegría al leerla, mas luego me entristecí. No es eso, pensé, así no hablan los que se quieren. No discuten, se habla de amor, y ante esa necesidad fisiológica, los pensadores deben callarse.

Un día reñimos al discutir á Nietzsche; ella me echó en cara mi incultura. Yo le dije que sabía demasiado.

Ella me contestó queriendo demostrar mi inferioridad.

Yo lloré... y cuando la lágrimas se secaron, me declaré escéptico. Nada apetezco, nada quiero, que allá se las arreglen todos los que sufran, pues si mi ideal más hermoso, la emancipación femenina, cayó por los suelos ante un exceso de suficiencia mujeril, ¡qué me importa todo eso que se discute!...

Al cesar el sonido de su voz, quedéme silencioso un buen rato con los codos apo-

SOLA EN EL MUNDO



Cielo

—Pues señor, hoy no viene por aquí ni el del inquilinato.

yados sobre la mesa de mármol. Yo, para distraerle, le hice notar una mujer que pasaba ante la puerta del café.

Y Pepe Pinto, el céptico, mirándola despreciativamente, blasfemó de su honradez.

B. CALDERÓN FONTE

VIRGEN

Niña-mujer en cuyos negros ojos dejó el deseo cárdenas ojeras y en cuyos labios, cual claveles rojos, el beso enorme del amor esperas.

Consumirás tu juventud florida sin conocer, de los sexuales goces, al ansia colosal que da la vida en la sensualidad de los precoces.

Tú, pobre ingenua de mirar de llamas que deseas morir en un abrazo, y contra el «vicio» y el «pecado» clamás poniéndole al amor lejano plazo.

No sabes que es amor un explosivo que estalla fulminante en sólo un raptó, irresistible vértigo intuitivo. que enloquece la vida á su contacto.

No hay célula del cuerpo que no sienta un temblor voluptuoso y atrayente cuando el amor desnudo se presenta como Venus saliendo de la fuente.

Son los Campos Eliseos del pecado donde puso Natura su armonía. El cielo de la dicha ambicionado es cópula de goce y de poesía.

Valor, mujer, si sientes el deseo palpar en tus carnes lujuriosas entrégate, sin miedo, al himeneo en el lecho de glorias luminosas.

Que no hay mayor placer que la caída, ni mayor sensación en los excesos, que entregarse con ansias, «ida á vida», entre la miel de voluptuosos besos.

El roce de la carne palpitante produce sensaciones colosales,

«THE TANGO».—CAFÉ PARÍS.



—Y cuando vayamos nosotras solas, ¿cómo sabremos por qué puerta entramos?

—Pues ya lo dice el cristal: primero, «The Tango»; luego, «Café», y después, «París».

EL ESPÍRITU DE CONTRADICCIÓN



Ella. — ¿Qué quieres que te toque ahora?
El. — Nada; porque lo que te podría pedir, no está á tu alcance.

gozarás en los brazos de tu amante la dicha de pecados capitales.

Y tus hermosos é impecables senos blancos y duros cual marfil pulido erectarán sus pétalos morenos á los besos de amor de tu Querido.

Al explotar tu ser en floraciones perdiendo la noción de la existencia, un cielo se abrirá de sensaciones cuyo misterio no enseñó la ciencia.

Y al dejar en el lecho de placeres en sacrificio tus virgeas palmas, ¡gloria y honor serás de las mujeres, honor y gloria de las grandes almas!

Vicente OLGA

Para toda clase de trabajos tipográficos, dirigirse á la

Imprenta de "Ediciones España,"

Paseo de las Delicias, 60.

CONFIDENCIA

Un polvo espeso y blancuzco se elevaba del suelo, esfumando el conjunto abigarrado. Aquel bullir, aquel correr vertiginoso de coches y caballos; aquel ruido de carcajadas, gritos, trepidar de ruedas. . . Un infierno; pero un infierno sin lamentos, sólo risas, todo alegría... ¡tarde de tor s!

Loco por la algarabía, me alejé de la calle de Alcalá, y ya más tranquilo entré á limpiar mi garganta, entorpecida por el polvo, en una taberna que al paso encontré. La quietud del sitio convidaba al reposo. Me senté; y mientras bebía lentamente un refresco de agraz, se fijaron mis ojos en un hombre que, en un rincón, bebía y bebía, con ansia de sediento, con verdadera furia. una botella de vino.

Su traje era elegante, muy gastado. Un sombrero flexible, casi sin forma, cubría su cabeza, lo llevaba echado hacia atrás y dejaba ver una frente inteligente, espaciosa, algo deprimida en las sienas, lo que hacía que fuera su curva valiente, atrevida. Bajo el bigote, bien dibujado, se veía una boca contraída dolorosamente, con dolor trágico; los ojos largos, muy negros y velados, de mirada triste, opaca... y una barba á medio crecer, daban á su fisonomía un sello de dolor indiferente de hombre desengañado, de mártir sumiso. Rápidamente vació la botella y pidió otra... Me sentí intrigado, y cuando ya iba á llamar al muchacho que servía, para ver de enterarme con lentitud aplastante vino hacia mí el extraño personaje y se sentó á mi lado, oprimiendo con mano nerviosa la botella de vino que acababan de servirle.

—Usted no me conoce, ¿verdad? —me dijo con una voz que lloraba; así era ce triste.

—Yo soy Julio Alcaraz. He sido rico, ¡muy rico!... Tenía coches, caballos... todo, y todo lo he perdido por... mirar á una mujer!...

Ella era morena, muy morena; de mirar ardiente, profundo. ¡Una mirada que atraía, que mareaba, que enloquecía; el mirarse en aquellos ojos, daba vértigo!... ¡Las mujeres así, debían nacer ciegas!...

Una noche, al salir de no sé qué teatro, en una calle sola, triste, alumbrada con hermosas luces de plata por una luna esplendorosa, en un cielo sin nubes, profundamente azul, tibio; en un cielo de una de esas noches de verano, todo calma, que convida á pensar dulzuras, la ví. Estaba

en el rincón más oscuro de la calleja, como ocultando aquel hermoso cuerpo que quería ofrecer. Era tan triste su figura, que me acerqué. Ella bajó su linda cabecita y no habló. La cogí por la mano, y atrayéndola suavemente hacia la luz, la miré en los ojos, y... lloraba... lloraba sin sollozos, con un llanto amargo, silencioso, cruel; destilando una á una y continuamente lágrimas y lágrimas, que dejando en sus morenas mejillas un surco brillante, impregnaban su carilla virginal de un dolor tan sincero, tan del alma, que recordaba, mejorándola, la hermosa y dolorida Madona de Guido.

Por fin, pude hablarla... y tenía hambre... ¡mucho hambre!

Era bordadora; la habían echado del taller donde trabajaba, y vagaba á la ventura desde aquella mañana, sin un sitio donde reposar, sin un pedazo de pan que llevarse á la boca... ¡á su divina bocal... La llevé conmigo y cenó. Luego la dejé en una fonda; la vi á la mañana siguiente, hablamos, hablamos, y más tarde, después de muchos días, sin saber yo cómo, fué mía... ¡mía!... Vosotros los escépticos, los que sólo queréis con la cabeza, á los que sobra el corazón, no podéis comprender esta palabra: ¡mía!... En ella están todas las dulzuras, todos los goces, penas, alegrías y dolores que pueda crear la imaginación más rica. Esa palabra estuvo en mi boca mucho tiempo, mucho, haciendo temblar mis labios voluptuosamente, y ocupaba de tal modo mi cerebro, me recordaba tan infelices sentires, que hizo de mí un ser impersonal, impalpable, y que no vivía más que de ella... ¡PARA ELLA!... ¡CON ELLA!...

Aún estaba impregnado mi pecho con sus dulces mieles, cuando tragué el acibar del desengaño. Aquella frente tan pura, aquella boca tan dulce, que aun en los espasmos más locos del placer sólo decía candores; aquel pecho virginal y aquel corazón todo bondad, todo sentimiento, eran mentira... ¡mentira!... Era una mujer con frente de Madona y pensamientos lascivos de bacante; aquellos labios que creí tan puros, se entreabrían lujuriantes, ávidos de refinamientos del vicio, carcajeando blasfemias, sedientos de placer y de vino... ¡Aquel corazón sólo gozaba mintiendo, fingiendo ternezas para gozar maldades!

Yo los vi... ¡La vi á ella en los brazos de aquel hombre repulsivo, mordiendo su asquerosa boca, sus repugnantes labios, por los que una risa lujúrica, de idiota, dejaba

escapar una espuma vinosa, sanguinolenta!... ¡Así... así la vi... y me mantuve derecho... no caí... mi corazón quedó hecho pedazos, y sus heridas aún sangran; pero mi cuerpo tuvo fuerzas para mantenerse firme, y mis labios rieron tal risa, que aquel tahur, aquel canalla, aquel vividor, aquel valiente de timba y tasca... tuvo miedo y huyó, arrojándose por la ventana!... Al caer, se rompió no sé qué... y yo me fui riendo, riendo siempre, ¡siempre!... ¡y aún tengo risa!... ¡aún me rio!...

—Pero ¿y ella?... ¿la mató usted?

—¿Yo?... ¿para qué?...

Y acercando á sus labios convulsos la botella, con un sorbo lento, inacabable, la vació, cayendo de bruces sobre la mesa, riendo con risa incisa, risa que sangraba...

Agustín F. JUSTE.

Lea usted

Teatros y Salones

Revista Artística decenal.

Precio: 15 céntimos.

Almanques para 1915

En la Imprenta de Ediciones «España» se ha hecho una edición de *Almanques de bolsillo para 1915* muy útiles para el comercio que, además de servirle de propaganda, podrá obsequiar á sus favorecedores en las próximas Pascuas.

Para pedidos y demás detalles, dirigirse á la Imprenta de Ediciones «España»

P.º de las Delicias, 60, teléf. 1843

Agentes exclusivos en Sud América

MASSIP Y COMPAÑÍA

RIVADAVIA, 995.—BUENOS AIRES

Talleres particulares de Ediciones «España» (S.A.)

LA INGLESA

Primera casa en gomas
higiénicas.

MONTERA, 35, (Pasaje)
y VICTORIA, 3, Ortopedia.

Catálogo gratis enviando sello.

Viuda de José Lerín

Encargada de la venta de LA HOJA DE
PARRA en Madrid. Abada, 22, tienda.
Reparte toda clase de periódicos y revistas

IMPRESA

DE

EDICIONES ESPAÑA (S. A.)

En esta imprenta se hace toda
clase de periódicos, folletos,
circulares, facturas, cartas co-
merciales á precios
económicos.

PASEO DE LAS DELICIAS, 60

Departado 547. MADRID Teléfono 1.843

Agente exclusivo para los anuncios de
LA HOJA DE PARRA

Francisco Paster, San Bernardo, 1, 3.º

ORINA

Las SALES KOCH curan SIN SONDAR
NI OPERAR la uretra, próstata, vejiga
y riñones. Dilata los estrecheces,
rompen la piedra y disipan las are-
nillas. Curan los catarros ó irritacio-
nes de la vejiga; calman al momento
las punzadas y horribles dolores al
orinar, limpiando la orina de posos
blancos purulentos, rojizos y de san-
gre. Las SALES KOCH no tienen rival
por su acción rápida y segura. Venta
en las boticas del mundo. Las CÁP-
SULAS KOCH cortan en DOS DÍAS, sin
peligro, los flujos blenorragícos secre-
tos recientes y modifican los cróni-
cos. Para lograr un éxito fijo pídase
gratis á la CLÍNICA MATEOS,
Arenal, 1, de MADRID (Espa-
ña), el método explicativo infalible.

Un consejo á las señoras

que padecen de rubicundeces, erup-
ciones, etc. Tomar todos los días un
Papel Yhomar disuelto en un vaso
de leche ó agua muy azucarada,
y desaparecerán esos defectos que
afean el cutis y teniendo constancia
obtendréis una piel fina, tersa y deli-
cada como pétalos de rosa. Gayoso,
Madrid; Gamli, Valencia, y en las
principales farmacias bien surtidas.

CUATRO LIBROS INTERESANTES

FRUTA PROHIBIDA LOS QUINCE AÑOS DEL MATRIMONIO
MISTERIOS Y SECRETOS DEL LECHO CONYUGAL (2 tomos con grabados).

Se envían á provincias, certificados, los cuatro tomos por CINCO pesetas en Giro postal, mutuo
ó sellos de Correos. Al extranjero y América se mandan por CINCO francos ó UN dollar.—Los pedidos,
con su importe, diríjanse ÚNICAMENTE A ANTONIO ROS, LIBRERO, JACOMETREZO, 80,
4.º DRA., MADRID (Casa fundada en 1896).—BIBLIOTECA PRIVADA.—Catálogo gratis remitiendo
sellos por valor de 0,50 ptas.—EXPORTACION, POR MAYOR, DE REVISTAS ILUSTRADAS Y PE-
RIODICOS á los señores libreros y Corresponsales de España y América.